

Anatomía de la crisis económica: una reflexión

Miguel González Moreno

Resumen: en este trabajo se ofrece una visión global de los factores explicativos de la crisis económica en la que se ve inmersa España. Tras mostrar las luces y sombras del periodo expansivo precedente, se muestran los tres grandes problemas que gravitan sobre la economía española: el desempleo, el endeudamiento y el estado de las finanzas públicas. El trabajo concluye apuntando los criterios que deberían regir el programa de política económica a aplicar para superar la compleja situación actual.

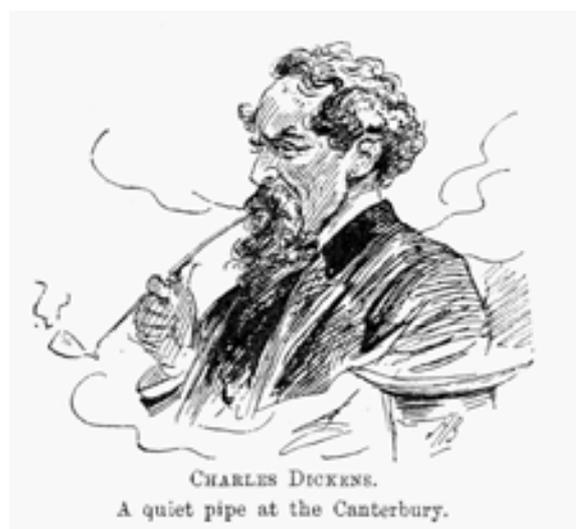
Palabras clave: crisis económica, problemas de la economía española.

Códigos JEL: E20, E60, H12.

Como es de sobra conocido, el lenguaje económico es pobre y las más de las veces ininteligible. El oscuro vocabulario de los economistas nos retrotrae a las palabras de F. Nietzsche: «Enturbian el agua para que parezca profunda». Es verdad, cualquier artículo que trate sobre cuestiones económicas es de difícil comprensión, entre otras razones, porque desde hace años se le echa un producto que lo oscurece todo: las matemáticas. El ampuloso ropaje matemático pretende hacer pasar por exacta y pura una ciencia que es eminentemente social y, además, levantar un muro infranqueable que reserve la interpretación de los hechos económicos única y exclusivamente para los especialistas.

De esta forma de entender la economía no se ha librado el estudio de la grave y profunda crisis que venimos padeciendo desde hace cuatro años. Proliferan los análisis más variopintos, desde aquellos que insisten en que la culpa de lo ocurrido es de la realidad por no ajustarse a sus formulaciones teóricas, hasta aquellos otros que todo lo achacan a las confabulaciones de especuladores sin escrúpulos. A veces la mejor forma de comprender un fenómeno económico es, por extraño que parezca, alejarse de la economía y recurrir a la literatura. No se vea en ello una actitud escapista o heterodoxa, en apoyo de este enfoque acude uno de los más grandes economistas de todos los tiempos, Alfred Marshall: «No puede ser buen economista quien sólo sea economista».

No hemos encontrado mejor y más acertado diagnóstico de las difíciles circunstancias económicas que estamos viviendo y padeciendo, que el inicio de



una maravillosa novela escrita en el siglo XIX por Charles Dickens, «Historia de dos ciudades»: «Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos; la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos en derechura al cielo y nos extraviábamos por el camino opuesto».

En una frase se condensa la razón de nuestros males: «Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada». En todo lo poseíamos radica el reverso de la crisis, su origen, la etapa previa de auge; y en pero no teníamos nada nos hallamos ante el anverso, la cara más cruda de la realidad, las consecuencias de la crisis.

La raíz explicativa se halla en el inicio del periodo

expansivo precedente. La decisión estratégica de que nuestro país cumpliera las condiciones de convergencia nominal para pertenecer desde sus inicios a la Eurozona, por un lado, restableció los equilibrios macroeconómicos perdidos y, por otro, nos permitió acceder a un área monetaria de gran estabilidad y fortaleza cambiaria y, sobre todo, en la que iban a regir unos tipos de interés históricamente muy bajos. El contexto interno y externo era propicio para que la economía española desplegara un gran dinamismo sobre la base del endeudamiento vía crédito y sustentado en dos pilares: el consumo privado y la inversión residencial. Ahora bien, cuando una economía crece según este esquema aparecen luces, pero también sombras.

Este modelo permitió a la economía española mantener un alto ritmo de crecimiento durante diez años que, al basarse en sectores intensivos en la utilización del factor trabajo, generó una gran cantidad de empleo, que se plasmó en un fuerte descenso de la tasa de paro; y, además, dicho crecimiento fue diferencial, esto es, la producción se expandió a una tasa superior a la de los países de nuestro entorno, por lo que convergimos con respecto a los niveles medios europeos.

No obstante, como en todo balance, algunas partidas aparecen en el debe de la economía española. De un lado, la expansión del consumo ocasionó frecuentes tensiones inflacionistas que deterioraron los índices de competitividad y avivaron el ritmo importador, siendo un elemento agravante del déficit exterior. Y de otro, factores muy diversos (bajos tipos de interés, incremento de demanda [inmigración, jubilados europeos, turistas], aumento del nivel de renta, etc.), ocasionaron un auge inmobiliario que ha traído consigo importantes problemas: el encarecimiento desorbitado e injustificado de un derecho constitucional (art. 47): el acceso a una vivienda digna; la propagación de un pernicioso efecto riqueza; una asignación ineficiente de recursos, muy volcada hacia el sector de la construcción y en menor medida hacia otras actividades productivas; la aparición de un gravísimo problema de endeudamiento que se ha traducido en un frenazo del consumo y en problemas para el sistema financiero; y la creación de empleo inestable y precario, que no se ha caracterizado por su elevada productividad ni por sus elevados requerimientos formativos.

Conforme transcurría el tiempo, y fruto de una concatenación de acontecimientos adversos y de decisiones de política económica postergadas, contradictorias o desacertadas, las sombras se fueron extendiendo y ennegreciendo, transformándose en la oscuridad del presente económico. Como



consecuencia de la herencia negativa que ha dejado la década expansiva y de los errores, por acción u omisión, en los que se ha incurrido desde el punto de vista de la toma de decisiones, sobre la economía española gravitan tres problemas de primera magnitud: el desempleo, el endeudamiento y el estado de las finanzas públicas.

Como suele ser habitual en nuestro país, la crisis ha impactado muy duramente en el mercado de trabajo, convirtiendo al paro no sólo en un problema económico de primer nivel, sino en un verdadero drama social. El ajuste ha sido muy severo, de manera que el desempleo masivo, cifrado en el III trimestre de 2010 en 4.574.700 personas y en una tasa de paro del 19,79 por ciento, ha estado motivado por un acelerado proceso de destrucción del empleo, focalizado en aquellas personas con contrato temporal. A esto habría que añadir cómo el paro está adquiriendo unos costes personales y sociales muy preocupantes, al observar su especial incidencia sobre determinados colectivos: jóvenes, personas entre 55 y 64 años, inmigrantes, parados de larga duración, y número de hogares con todos sus miembros en paro o sin ninguna fuente de ingresos.

Aunque el paro es y será sin ningún género de dudas el principal problema del presente y del futuro de la economía española, salvo cuando se hacen públicas las estadísticas referentes al mercado de trabajo, se le presta escasa atención. En cambio, otra preocupación es el principal motivo de desvelo: el endeudamiento. Esta es la más pesada carga que el pasado reciente ha dejado como legado. Los últimos datos disponibles reflejan a la perfección la dimensión del problema: el endeudamiento de todos los agentes de la economía española equivale al 399,5 por ciento del PIB, del cual un 58,35 por ciento está contraído en el interior y un 41,65 por en el exterior; mientras que su distribución por sectores institucionales es la siguiente: familias (86,5 por ciento del PIB), empresas no financieras (141,4 por ciento del PIB) empresas financieras (114,9

por ciento del PIB), y Administraciones Públicas (56,7 por ciento del PIB). Estos porcentajes bastan para disipar cualquier sospecha de maquinación foránea contra la economía española. Es lógico y comprensible que dado el volumen y la composición de nuestro endeudamiento más de uno de nuestros prestamistas no logre conciliar el sueño o bien sea reticente a la renovación o a continuar prestándonos.

Hasta cierto punto relacionado con el anterior, registramos otro desequilibrio muy grave: el déficit público. En este caso lo ocurrido ha sido muy llamativo. De forma excepcional en nuestra historia económica, a raíz de nuestra pertenencia al euro y en cumplimiento del Pacto de Estabilidad, las finanzas públicas fueron reduciendo progresivamente su saldo deficitario hasta registrar superávit en los ejercicios de 2005, 2006 y 2007. Y a partir de aquí la perplejidad: ¿Cómo ha sido posible pasar de un superávit del 1,91 por ciento del PIB en 2007 a un déficit del 11,9 por ciento del PIB en 2009? ¿Cómo se explica un deterioro tan intenso y acelerado de las cuentas públicas?

Los argumentos esgrimidos achacan la autoría al incremento de las partidas de gasto más ligadas con la crisis (subsidio de desempleo, planes de actuación, incentivos fiscales, intereses de la deuda pública, etc.) y a la subsiguiente bajada de la recaudación por la disminución de las bases imponibles. Cierto, pero no es toda la verdad. Una comprensión completa y exacta del tema debe ampliar su campo de visión a otros factores: los vaivenes de la política fiscal que, una vez que era palpable la crisis, ha pasado en un corto espacio de tiempo del más furibundo keynesianismo a la defensa a ultranza del ajuste más severo; la filosofía fiscal que se ha inculcado a la ciudadanía en los años expansivos haciendo creer que era posible incrementar sin límite el gasto a la vez que en las campañas electorales se competía por reducir o eliminar determinados impuestos; el establecimiento de un volumen y de una estructura del gasto público acorde con unos ingresos temporalmente elevados por una coyuntura expansiva; la puesta en marcha de una política de infraestructuras más inspirada en la grandiosidad que en la rentabilidad económica y social, y sin proporción alguna entre el coste real y la necesidad objetiva; y la estructura administrativa del país, que dificulta la toma de decisiones en tiempos de crisis y multiplica ad infinitum los centros de gasto. En definitiva, el sector público español no ha sabido dosificar el balón de oxígeno que suponía partir de un superávit en el año 2007; así, nada más comenzar la larga travesía del desierto de la crisis ha dilapidado todo el agua disponible, y ahora hay que pedirla prestada y a un precio elevado.

Es admisible que tras este selectivo y no completo

recuento de nuestros problemas, nos invada el pesimismo y por doquier proliferen los tradicionales augurios derrotistas. A esto, además de la situación objetiva de nuestra economía, contribuye el mensaje oficial de que, salvo el sistema financiero, nada es sostenible y que todo hay que reformarlo apresuradamente, especialmente el Estado Social. No lo mezclamos todo, vayamos por partes.

Por un lado, sorprende esa afición repentina por las reformas cuando los problemas de fondo se conocían desde hace tiempo y, en su mayor parte, no están causados por la crisis, aunque sí agravados o puestos al descubierto. Son archiconocidas las fallas de nuestro sistema de pensiones, de sanidad o de educación. Estas reformas hubo que haberlas emprendido en los años de bonanza, hubiésemos incurrido en unos menores costes económicos y de adaptación. El hacerlas ahora no es por convencimiento sino por una necesidad perentoria, por imposición.



Por otro lado, que las circunstancias no nos atribulen y apresuren. Es necesario, más que nunca y dada la complejidad de la situación, un programa de política económica consensuado, inspirado en la filosofía y el método de los Pactos de la Moncloa, en el que se establezcan unos objetivos claros y graduados en el tiempo, diferenciando entre aquellos problemas que tenemos que afrontar en el corto, en el medio y en el largo plazo; y no mezclándolo todo como ocurre ahora e incurriendo en incompatibilidades y contradicciones de manual. Cada objetivo ha de incluir el diseño y el despliegue de la estrategia más idónea para alcanzarlo; y una enumeración y valoración de las actuaciones a poner en práctica.

Y por último, es preciso pasar a la acción, la gravedad del momento lo demanda, no caigamos en la pasividad, en vez de dedicarnos a hacer pronósticos sobre el futuro sigamos el consejo de Keynes: «El futuro no se ve, se hace». Hagámoslo entre todos.